

forzosamente los progresos de la raza. El estudio de ésta, es, pues, el primer cuidado del jefe del Estado que quiere ajustar sus actos á las fuerzas de que dispone. Carlos V, desconocía á los Alemanes cuando creyó poder tratarlos como á los Españoles; Napoleon cometió una grave falta queriendo imponer á los Españoles un régimen francés.

Pero cuanto más progresa la civilizacion, más imperio pierde la necesidad natural, y cede el puesto, áun en la política, á la accion libre y consciente del individuo.

La política instintiva de raza triunfaba generalmente en la Edad Media, áun en la Iglesia. La accion de los hombres políticos, tiene más influencia en el Estado moderno. En el animal, no hay más que la raza; en el hombre existe tambien el individuo.

Una política de raza exclusivista y apasionada conduce á una frívola exaltacion contra el extranjero, á las guerras de raza, al menosprecio de la unidad del género humano, á sofocar el espíritu individual.

Una política individualista desenfrenada, excita la ambicion dominadora de los poderosos, los impele á empresas temerarias, excusa el crimen político, y conduce á los horrores de la *Commune*, y finalmente á la anarquía.

Conservar la unidad del Estado y el poder del conjunto, permitiendo á los individuos el mayor desarrollo posible; proteger y ennoblecer á la vez los dos aspectos de nuestra vida: hé aquí el arte grandioso del hombre de Estado.

CAPITULO II.

CONSERVACION, MEZCLA Y TRANSFORMACION DE LA RAZA.

Las cualidades y las aptitudes del pueblo y de la nacion son en cierto modo la primera materia de la accion del hombre de Estado, y éste debe estudiarlas á fin de perfeccionarlas.

Su poder es en esto limitado. La familia que engendra y educa, tiene sobre la raza una influencia mayor que el Estado. Las costumbres mismas son á veces más fuertes que el derecho. La religion y la opinion, tan poderosas sobre las masas se hallan la una dominada por la Iglesia, la otra por la prensa, por las Córtes, por las obras científicas y artísticas.

Gobineau (*De la desigualdad de las razas humanas*), se esfuerza en probar históricamente que la conservacion de la pureza de la raza es una condicion esencial del vigor y de los progresos de los pueblos y de los Estados; que la mezcla de las razas altera y corrompe la especie y produce á la larga el bastardamiento y la muerte.

Gobineau tiene el raro mérito de haber sido el primero en llamar la atencion sobre la importancia, hace tiempo olvidada, de la raza; pero su conclusion es completamente inexacta.

1) La fuerza de la sangre, cuidadosamente conservada, siempre ha preservado al Estado de la decadencia y de la ruina.

Ningun pueblo ha ido tan léjos en esto como los Indios: la idea de la conservacion de las razas llenó toda su constitucion. No podian contraer matrimonio los individuos de castas diferentes, y los matrimonios desiguales atraian sobre los cónyuges y sus descendientes la reprobacion universal. Aun en la actualidad puede reconocerse el tipo más fino de la raza brahmánica; y sin embargo, los Arios de la India fueron presa del extranjero.

Los Egipcios, que habían organizado sus castas en este mismo sentido, cayeron igualmente en la servidumbre.

La nobleza germánica de la Edad Media evitaba las uniones con los demás órdenes, y estaban también reprobadas por las costumbres; pero tampoco la salvó este cuidado. La pureza de la raza no garantiza, pues, la conservación de sus virtudes ni su inmortalidad. La raza nacional es naturalmente mortal y limitada; puede decaer y morir aún conservándose pura de toda mezcla.

2) En ciertas condiciones, el cruzamiento y mezcla de razas rejuvenece, mejora y refuerza. El rápido crecimiento y la grandeza de Roma comenzaron después de haberse permitido el *connubium* entre patricios y plebeyos; y los Romanos introdujeron constantemente en su aristocracia los hombres y las familias más distinguidas, primero de Italia, y después del mundo. Roma debió su grandeza á los ricos elementos que sacaba de todas partes.

Todas las naciones modernas son el producto de mezclas numerosas. En Italia se unieron los Ostrogodos, los Lombardos y los Alemanes, que se ingertaron en el viejo tronco romano. En Francia los Galo-Romanos se confundieron con los Francos y los Borgoñones; en Inglaterra, los Bretones romanizados, después de haberse unido á los Anglo-Sajones, se mezclaron, sobre todo en la nobleza, con los Normandos vencedores, educados en la cultura romana; Prusia reúne la independencia tenaz del Germano con la docilidad del Esloveno indígena; los Americanos del Norte están muy lejos de haberse debilitado por las numerosas mezclas que han sufrido.

Así, lejos de llegar á la conclusión de Gobineau, vemos con la fusión de las razas mejorar los tipos, y que ésta es especialmente favorable al Estado moderno.

3) Las mezclas que acabamos de enumerar se han verificado todas entre tribus blancas y arias. Ni aun la sangre semita ha desempeñado un papel importante.

Las mezclas de los blancos con los hombres de color no producen resultados tan favorables. Parece que las diferencias naturales son demasiado profundas para hacerlas convenientes ó útiles, como lo demuestra la situación precaria de los Estados de la América central y meridional, en donde se han producido con más frecuencia. Padres tan semejantes, se dirá, que transmiten sus defectos más bien

que sus buenas cualidades, y la fecundidad disminuye en vez de aumentar.

4) Una pequeña dosis de elementos extraños, pero semejantes, que no se sobrepongan al carácter natural del pueblo, es casi siempre útil; pero cuando dicha mezcla es considerable y brusca quebranta dicho carácter y amenaza su vida.

El hombre de Estado debe ennoblecer su pueblo por medio de la educación, de las instituciones públicas y por todos los medios que obran favorablemente sobre las masas. La raza, producto de la naturaleza por su origen, puede convertirse de este modo en producto de la cultura. Los antiguos lo habían comprendido perfectamente. Esparta formaba su raza y aseguraba su conservación por su enérgica educación y por sus costumbres rigurosamente arregladas. Los Romanos latinizaron la mayor parte de las naciones que sometieron. El carácter inglés y el carácter americano acreditan irrecusablemente la influencia profunda ejercida por las instituciones públicas y por las costumbres. La educación militar ha hecho de Prusia una nación guerrera.

CAPITULO III.

EL ESPÍRITU DEL TIEMPO.

¿De dónde procede ese poder que todo el mundo siente, que somete á la mayoría y que nadie puede explicar? El espíritu del tiempo es una idea antigua. Ya la habían señalado los Brahmanes (1). Los Romanos le denominaban el *siglo* (*seculum*; *Tac., Germ., 19.*) Pero nuestra época lo estudia más de cerca y la cuestión se impone hoy más que nunca.

I. En primer lugar, ¿cómo se revela éste y cuáles son las cualidades que le atribuimos?

1) En el carácter y las tendencias determinadas de las diversas épocas es donde se muestra principalmente. Las épocas memorables de la historia son las grandes líneas de su movimiento. El espíritu de la Edad Media ha rechazado el del mundo antiguo, y ha tenido que ceder el puesto al espíritu moderno. Cada cual de estas edades tiene sus siglos, donde su espíritu general se modifica á su vez de un modo diverso. Entiéndase bien que no hablamos aquí de períodos seculares metódicamente calculados despues de la Era Cristiana; el espíritu de cada siglo cronológico comienza á veces en el siglo precedente: el mismo Cristo no nació al principio del suyo.

Las nuevas ideas suben y bajan sobre el horizonte de la humanidad como los astros en el cielo. Una idea es omnipotente en un siglo, y el mundo se entusiasma por ella; cambian los tiempos, y sólo halla indiferencia y frialdad.

(1) Código de *Yajñabalkia*, I, 340: «Algunos esperan el éxito de la suerte, ó de su propia naturaleza, ó del tiempo, ó de la acción; otros más sábios lo esperan de estas tres causas reunidas.» 350: «porque así como un carro no puede marchar con una sólo rueda, así también la suerte es impotente sin la acción del hombre.»

Toda Europa se agitó y se trastornó por arrancar el sepulcro de Cristo de manos de los infieles (1089 á 1200); millones de hombres, poseidos de una fé ardiente, se precipitaron desafiando los peligros y la muerte; despues fué disminuyendo el entusiasmo, hasta que se extinguió por completo. Un siglo trajo consigo el brillante Renacimiento y la Reforma religiosa (1450 á 1540), vanamente intentados hasta entónces por algunos pensadores; y poco despues vino el espíritu de la reaccion á inmovilizar á Europa. El absolutismo de los príncipes celebró su triunfo en el siglo XVII; y desde 1740 se busca la eultura, se reivindica la libertad civil con cierto entusiasmo. Por último, nuestro siglo se caracteriza por el desarrollo de la constitucion representativa y por las tendencias nacionales de la política.

Los movimienios del espíritu del tiempo se notan hasta en un mismo siglo. Los grandes radios de la rueda de la historia, están compuestos de piezas innumerables. Un hombre ha defendido las libertades populares en nombre del espíritu del tiempo, y veinte años despues, pide, apoyándose en lo mismo, un poder absoluto. Napoleon I sólo estableció su imperio despues de haber sondeado prudentemente la opinion, retrasó sus proyectos en muchas ocasiones para dejar madurar los tiempos; su absolutismo hubiera sido también imposible en la época de la Restauracion (1815), y durante el período exaltado de la Revolucion.

Esta movilidad del espíritu del tiempo, parece proteger á la humanidad contra el despotismo permanente de una fuerza única ó de una tendencia exclusiva. El tiempo arrebató lo que había traído y elevado, y despierta fuerzas desconocidas. La fortuna cambia con el viento, y surgen nuevas esperanzas.

2) Otra cualidad notable del espíritu del tiempo, es su gran *extension*. Si se encerrase dentro de los límites del Estado, sólo sería el espíritu local del pueblo ó del país; pero lejos de esto, va extendiendo mucho sus ondas, sin consideracion á las fronteras, sobre todo un continente. Sus corrientes son tan caprichosas como el viento, y se dirigen al Norte, al Sur, al Este ó al Oeste. La viva fé religiosa y las tendencias feudales, que son los rasgos característicos de la Edad Media en toda la Europa cristiana, se notaban hasta en el Oriente mahometano.

En vano se intentará explicar los cambios del espíritu

del tiempo con los acontecimientos ocurridos en el Estado, por las medidas en él adoptadas, etc., etc.

¿Por qué, pues, se han de modificar simultáneamente en los Estados que no han sufrido estas influencias? La razón última del cambio no se encuentra en tal ó cual acontecimiento particular, simple accidente que lo favorece ó lo impide. El mejor gobierno liberal no puede impedir que vuelva al poder un gobierno conservador. Un régimen absolutista puede no cometer faltas graves; y sin embargo, vuelve repentinamente el viento, y parece que quiere arrojar de una vez al Estado en el radicalismo.

A pesar de esto, el espíritu del tiempo dista mucho de extenderse de pronto y uniformemente por todos los pueblos; sino que es, ya uno, ya otro, su órgano autorizado, y que siente principalmente su influencia. En la Europa antigua, tuvo su asiento principal en Grecia, y después en Roma. En la Edad Media, fué representado, aunque inconscientemente, por los Germanos. Durante la Reforma, también fué Alemania su centro; desde aquí se lanzó hácia el Occidente, y á fines del último siglo inundó desde París toda Europa. En el lugar donde se halla el centro de su movimiento, es también donde se sienta toda su fuerza, sus olas llegan á su mayor altura, y después van decreciendo hasta que se extinguen en las más remotas regiones.

3) *El poder* del espíritu del tiempo muéstrase sobre todo en las masas, las penetra sin percibirse de ello; se abandonan á su acción y se precipitan por el cauce que aquél les abre. Así como la sucesión de estaciones hace que florezcan las plantas, se agosten y queden nuevamente dormidas, así el espíritu del tiempo obra de un modo semejante, sobre los pueblos y las naciones. Excita al trabajo, anima, agita, prepara abundantes cosechas; después se calma, duerme y se extingue. Su marcha está llena de misterios; penetra en nosotros con el aire que respiramos; se comunica de hombre á hombre, como el calor en el cuerpo, y á veces parece una epidemia que se presenta de repente y mata todas las esperanzas.

Es por otra parte evidente, que el espíritu del tiempo no se confunde con las fuerzas cósmicas, con la influencia de las estaciones, ó con el curso de los vientos. Apenas se creería lo que se ha querido explicar por ellas. Los *astrólogos* han buscado en el cielo la suerte de los hombres, su fortuna ó su des-

gracia futuras. ¡Increíble absurdo! El espíritu del tiempo sólo se dirige al hombre, forma parte de nuestra naturaleza y sólo puede explicarse por ella.

El comercio de los hombres aumenta su poder; el aislamiento lo impide y debilita. En ninguna parte aparece como en las grandes ciudades donde la población es muy densa. La corriente es ménos fuerte en la campiña, en la aldea, en las habitaciones aisladas. Un convento la percibirá débilmente; pero no puede escapar á su influjo.

4) Su fuerza no es *absoluta*. Los caracteres enérgicos, los espíritus bien templados resisten perfectamente á sus influencias, y luchan á veces contra él con éxito; y ya sea independencia ú odio, resulta al ménos de aquí que la historia del mundo no está sometida á sus leyes, y que la libertad individual desempeña también un papel importante. El espíritu del tiempo conmueve principalmente el de las masas; pero no se confunde con el espíritu del hombre en general.

5) Los movimientos no son en manera alguna caprichosos como las cambiantes figuras de un caleidoscopo, sino que hay un *lazo íntimo* entre la imágen que precede y la que sigue, un desarrollo orgánico que marcha con la serie de las edades como la vida humana, que tiene reglas y leyes. El espíritu del tiempo comienza con la infancia de la humanidad; vésele en seguida en su adolescencia aparecer rebosando juventud y belleza. Después vuelve á descender de sus alturas, decae, pero trabaja y busca con cuidado y prudencia, aglomerando materiales para tomar de repente un nuevo vuelo.

Muchos filósofos modernos se han esforzado por descubrir la ley de sus movimientos. Hegel la encuentra en la marcha dialéctica del pensamiento ó del espíritu; pero esta respuesta es insuficiente, porque olvida la variedad de las fuerzas humanas, y no siempre es el reflexivo espíritu del pensador el que mueve de este modo las masas. *Fourier*, por una especie de presentimiento, y *Krause*, por medio del razonamiento, se aproximan más á la verdad, comparando sus movimientos con las edades de la vida; pero *Fr. Röhmer* es el que más ha profundizado en ellas con su método psicológico. Su naturaleza nerviosa y sensible le impulsaba incesantemente á observarlas y á notar todos sus accidentes, llegando á calcularlas con exactitud completa.

6) Estas leyes distinguen también el espíritu del tiempo de la *moda* variable. La moda sufre sin duda su influencia. ¿Cómo había de poder librarse de ella siendo así que el espíritu del tiempo se manifiesta en el estilo de una época, en la arquitectura, en la música, en la literatura, cosas todas cuya acción é influencia sufre la moda en tan grande escala? Las formas extravagantes ó anticuadas, las trenzas y las coletas, en moda en los siglos XVII y XVIII, estaban en armonía con el espíritu de entónces. Otro tanto puede decirse de los hábitos de la Roma y de la Grecia republicanas, resucitados por la Revolución francesa, y de las formas severas y distinguidas del primer Imperio, tomadas del Imperio de los Césares. Pero la moda se deja llevar aún más de los gustos, de los convenios, de los caprichos de los centros de Sociedad, que dan el tono. No es ciertamente el espíritu de tiempo el que trae las modas caprichosas, y á veces raras, de París y Lóndres; todo el mundo sabe por qué se inventó la crinolina; y la persistencia del frac negro y del sombrero de copa, durante muchas generaciones, prueba ménos los movimientos del espíritu moderno que la tiranía que ejercen las costumbres francesas.

II. Pero, ¿cómo definir el espíritu del día? ¿Es simplemente la suma de los espíritus individuales de una época? Gothe se chancea cuando dice: «Autores y profesores, vuestro mismo espíritu es lo que llamais espíritu del tiempo.» Los maestros dan en efecto muchas veces su opinion como la opinion comun, ora sea que se engañen, ora que quieran engañar. Pero el verdadero espíritu del tiempo no es la simple suma de opiniones particulares, pues de otro modo no se abandonarían los mismos hombres á sus corrientes contrarias, á veces sin cambiar personalmente de opinion, ni le abedecerían censurándole. ¿Cómo explicar la extraña rapidez con que se extiende, ó el punto de partida ó de apoyo que toma ya un pueblo ya otro? ¿Podría comprenderse el lazo íntimo de sus movimientos, su *série* lógica, su duracion durante períodos veinte veces mayores que la vida de los individuos? Por último, ¿de dónde procedería entónces la lucha entre el espíritu individual y el espíritu del tiempo que atormenta con tanta frecuencia á un hombre mismo?

El espíritu del tiempo debe, pues, ser considerado como *uno* en su sér y en su desarrollo; y por consiguiente, sólo puede tener su origen en la humanidad. Si ésta es un todo

que tiene sus aptitudes morales, su fin y su desarrollo propios, puede definirse el espíritu del tiempo: *el desarrollo ordenado del alma del género humano.*

La historia universal, que nos muestra los progresos de la humanidad prosiguiendo orgánicamente con sus edades, y el espíritu del tiempo, son fenómenos íntimamente unidos. Este último acompaña á la historia en su marcha, y obra continuamente sobre sus formaciones. Este es, sobre todo, el que da su carácter general á las instituciones de las diversas edades.

La historia es el *desarrollo realizado, la série en el pasado*; el espíritu del tiempo es el *desarrollo en acción*. Es indudable que él sólo no determina la historia, pues si dominase como una fuerza necesaria, la vida de la historia sería análoga á la de las plantas, quedaría destruida la libertad individual, no habría iniciativa personal, todo sería producto comun del espíritu general. El espíritu del tiempo no es más que una de tantas fuerzas. Luchará, por ejemplo, con el espíritu de tradicion y de autoridad; combatirá á favor ó contra el espíritu de un pueblo, de una dinastía, de una familia, de un grande hombre. El concurso de todas las fuerzas humanas es lo que constituye ó lo que realiza la historia universal.

Pero el espíritu del tiempo es una de las más importantes. La ley *psicológica del progreso ordenado* del género humano la desarrolla progresivamente, la perfecciona y la conduce al fin. Por ese espíritu que ha puesto en el alma de la humanidad, es como *Dios conduce de lejos la gran marcha de la historia universal, é impulsa sin cesar hácia adelante al género humano.*

El espíritu del tiempo es, pues, algo grande, elevado, semi-divino. Es una locura despreciar sus movimientos en nombre de ciertos principios que pretenden pasar por inmutables; su movilidad misma produce las ricas variaciones de la vida comun y anima la libertad del progreso humano.

III. ¿Cuáles serán, pues, en esto los deberes del hombre de Estado?

1.º Estudiar el *carácter del espíritu de su tiempo*. Bueno es saber siempre los tiempos que corren; debe aprovecharse el momento, pues emprender un asunto demasiado pronto ó demasiado tarde, equivale á preparar un fracaso.

El mundo actual debería preguntarse, en qué período general vivimos, y cuál es su carácter fundamental. La solución de esta importante cuestión, es aún demasiado oscura, por más que, en nuestro sentir, puede afirmarse que la Edad Moderna, presenta los caracteres de la juventud. La gran rueda de la historia universal, ha tomado nuevo vuelo; la humanidad no ha llegado aún á la cima de su vida.

Empero los admirables progresos de las ciencias, y todo el movimiento político contemporáneo, dan claro testimonio de la virilidad de su juventud. La humanidad moderna tiene conciencia de sí misma, y quiere desarrollarse libremente. Ningun período antiguo ha sido tan rico en resultados, más racional, ni más libre. Las tendencias liberales parecen ser el rasgo principal de su espíritu, lo cual nos recuerda el genio más joven de la antigüedad clásica, el esplendoroso brillo de Grecia y de Roma, y que se separa al mismo tiempo del espíritu ménos abierto, ménos atrevido y más sombrío de la Edad Media.

El principio de nuestra gran Edad Moderna, puede fijarse desde principios del siglo XVIII, y comienza con esfuerzos infantiles, y despues sobreviene una agitacion puerilmente tumultuosa. La época de las luces (1740 á 1789), inaugura una filosofía filantrópica y cosmopolita. Los espíritus cultos se alejan con horror de la Edad Media, y desconocen las grandes tradiciones del pasado. Se entusiasman con nuevos ideales, y esperan la trasformacion del mundo. La Revolucion intentó realizar estos sueños; pero consiguió mas bien destruir que edificar. Educados en la especulacion filosófica, carecian sus jefes de educacion práctica. El mundo marcha, pero cayendo con frecuencia, lo cual le arrebató muy pronto su sencilla fé en la panacea de la libertad y de la igualdad, y lo vuelve á la recta inteligencia de la historia y al respeto á las tradiciones. Por último, desde 1840; se ha prendado del principio de las nacionalidades, ménos amplio que los principios de la Revolucion; pero mejor apoyado por la historia, y más formalmente creador. Aún no hemos llegado á la cima de nuestra gran edad liberal, ni quizá la alcancen nuestros nietos. La sociedad contemporánea se halla atormentada por las corrientes y las violentas invasiones del radicalismo, y se arroja á veces en el extremo opuesto de la reaccion. Pero se puede al ménos consig-

nar con gusto los progresos realizados de un siglo á esta parte, y los que la humanidad continúa haciendo constantemente.

2.) El hombre de Estado no debe olvidar jamás el valor del espíritu del tiempo, áun cuando sea contrario á sus miras ó tenga malas tendencias, porque es una potencia con la que debemos contar, y cuyos movimientos son necesarios al progreso general. No hay duda que el hombre puede ir derecho por su camino, sin inquietarse por los vientos que agitar puedan á la muchedumbre; pero el político no es un ermitaño ó un monge, sinoque vive en medio del movimiento social, obra por los hombres y sobre los hombres, y es necesario que conozca su campo de operaciones; un piloto prudente, lo primero que estudia, es los vientos y las olas. Para luchar contra el espíritu del tiempo, es necesario obrar sin tregua ni reposo; sus aguas se precipitan por la más pequeña abertura, é invaden inmediatamente todo el buque.

3.) El favor del espíritu del tiempo, sostiene poderosamente al hombre de Estado, y legitima su audacia. Los vientos y las olas empujan á la vez su buque, se allanan los obstáculos, el movimiento diario los destruye, ó son fácilmente separados. Luis Napoleón, ántes de ser emperador, había comprendido ya la seguridad, el triunfo de quien marchara con el siglo, y las derrotas del que fuera contra su corriente.

4.) Las ideas y las formaciones se hallan en estrecha relacion contra el espíritu del tiempo.

Las ideas son siempre halladas y formuladas por el individuo; mas para convertirse en ideas del tiempo, es necesario que penetren en las masas. Un profeta, un poeta, un filósofo ó un sabio, anuncian á veces las ideas del porvenir. El hombre de Estado sólo puede pensar en realizar las ideas compatibles con el medio en que obra, y éstas serán las únicas que puedan ser entendidas y apoyadas por la mayoría. Debe guardarse, pues, de luchar contra las *ideas antiguas* á la manera de los románticos, pues sólo obtendrá triunfos engañosos; las hostiles corrientes de los tiempos nuevos lo inundarán por todas partes, y servirá de irrisión su quijotismo. Pero es aún más peligroso para él, aunque quizá también más glorioso, convertirse en agitador y defensor de las ideas del porvenir ántes de su madurez. Su

buque irá á estrellarse contra el escollo de las realidades, y todos se burlarán del piloto ideólogo.

Su verdadero deber, es realizar las sanas ideas de su tiempo, y de este modo es como se hará verdaderamente popular. La impopularidad nace generalmente de la lucha contra las ideas dominantes, que es la gran nota tónica de la voz de la nación. Si los jesuitas son tan impopulares de un siglo á esta parte, no es sólo á causa de sus intrigas, sino porque han drclarado una guerra mortal al espíritu, á la conciencia, á las aspiraciones modernas.

5.) Toda época tiene sus preferencias para ciertas formas, lo cual no debe olvidar el hombre de Estado. Hace un siglo pudo tolerarse el absolutismo inteligente, y engendró grandes cosas sin grandes combates; pero hoy hallaría graves resistencias, aún cuando quisiera inspirarse en las ideas modernas. Cavour tuvo antes que Bismark el apoyo y la adhesión de su pueblo, porque supo desde el principio poner la forma moderna al servicio de las ideas nuevas, mientras que este último parece que, en un principio, quiso despreciar la forma, pretendiendo realizar el espíritu moderno por medio del antiguo régimen. La obra de Bismark ha sido más penosa y más lenta; y sólo se ganó la adhesión de la mayoría mostrándose al fin favorable á las formas representativas.

6.) Sin embargo, la realización de las ideas modernas no debe ser el fin exclusivo del hombre de Estado. El poder histórico de la autoridad y de las costumbres tradicionales tienen también su importancia. Que el sabio deduzca de sus libros las consecuencias rigurosas del espíritu del tiempo, no tiene nada de extraño, porque esta es su misión; pero la vida real no se compone de simples líneas rectas, como la doctrina; es necesario que agite y depure los principios para poder aplicarlos. La política práctica es un arte complicado en dónde numerosas fuerzas se encuentran, se combinan y se combaten; los miramientos, las transacciones y los compromisos son aquí indispensables. Negar toda concesión por un ciego celo por el espíritu moderno, es propio de un doctrinario, no de un hombre de Estado.

CAPITULO IV.

CIFRA, CRECIMIENTO Y DISMINUCION DE LA POBLACION.

El Estado es una comunidad de hombres; éstos, y no el país, consti tuyen su verdadera fuerza.

Cada hombre representa cierta cantidad de fuerzas. Así, pues, la importancia y el poder del Estado aumentan naturalmente con el número de sus nacionales, si bien esta regla no es absoluta, pues las cualidades, la cultura y la educación de los ciudadanos desempeñan también un papel importante. Los 37 millones de Franceses representan políticamente más que los 400 millones de Chinos, y los 30 millones de Ingleses más que los 180 millones de Indios. Suiza sólo tiene dos millones y medio de habitantes, ménos del uno por ciento de la población de Europa; y sin embargo, nadie le dará una importancia proporcionalmente tan pequeña.

Como forma masculina de la vida comun, brilla principalmente el Estado por sus virtudes viriles. Las naciones de espíritu y de carácter varonil, tienen naturalmente más importancia que las masas pasivas y serviles.

Así, pues, el aumento de la población no es un progreso, ni su disminución una pérdida, sino que es necesario ver antes si las fuerzas viriles han aumentado ó disminuido proporcionalmente. Un Estado puede sufrir un exceso de población.

Pero, hechas estas reservas, la cifra de la población es generalmente el signo del progreso ó del decrecimiento, y la política debe observar de cerca estos movimientos.

En el siglo XVIII se consideraba, por punto general, todo aumento como un bien. Despues de Malthus, se cree más bien que la naturaleza nos impulsa á la excesiva multiplicación, y que es necesario reprimirla más bien que animarla. Sábese que, segun el célebre Inglés, crece naturalmente la población en una progresión geométrica y las subsis-